

empujándola hacia los brazos de la marquesa, — y amadla tanto como yo la quiero.

Cuando las dos mujeres deshicieron el estrecho abrazo que las unió durante un buen rato, encontráronse solas. El cuadro de la caza de San Huberto figuraba en su sitio de costumbre, sin que nada indicase que en aquel sitio de la pared existía una puerta secreta.

XIX

ESCUCHANDO BAJO LA PAJAZA

Aquella misma noche, y á la hora en que Sed de Amor sabía por conducto de Ayela de Givors mucho más de lo que en realidad creyó que podría sacarle, Solange de Villanueva-Marsan despedía á Francisca Peiragude, diciéndole :

— Retírate, Francisca; con Pierrila tengo más que suficiente para acostarme. Tú haces falta á mi madre, que me parece dominada cada vez más por una melancolía que no acierto á explicarme, sobre todo en las presentes circunstancias.

Y la vieja, dominada por aquella niña criada á sus pechos, habíase retirado sin murmurar.

— No dejéis de llamar á Pierrila en caso necesario, — dijo tan sólo al cerrar la puerta; — su alcoba está inmediata á esta habitación.

Una vez sola, del pecho de la joven Villanueva se

escapó como un suspiro de satisfacción, y, por lo que pudiera ocurrir sin duda, fuese á correr los cerrojos que ponían su cuarto en comunicación con la galería y las habitaciones de la marquesa.

Dicho cuarto es el mismo en el que la vimos desnudarse y rezar la noche de su llegada, procedente de Bonaguil; el mismo cuya ventana abría al patio de honor, y desde la cual veíase, del otro lado de las cuadras y cocheras, buen espacio del Prado de los Clérigos á la izquierda, y enfrente la plazoleta en que estaba la fachada posterior de la casa de las Miñonas, con el sobradillo bajo el cual pasó Bernardo de Arma largas horas de centinela, durante aquella noche, fértil en emociones de todo género.

En el momento en que la encontramos de nuevo, Solange no pensaba precisamente en rezar, como tampoco en despojar su busto del coselete alto y estrecho, en forma de cono invertido, que del sostén en moda por aquel entonces hacia un verdadero instrumento de tortura; antes al contrario, sea capricho ó deseo de agradar — ¿agradar á quién, á semejante hora? — la joven habíase vestido con sus más ricas galas.

Llevaba dos faldas de damasco, y zagalejo de brocado encarnadino calado sobre fondo de tela de oro y satén verde claro, con canutillos de plata y terciopelo de Luques. Un peto transparente aireaba el seno virginal sombreado por la amplia gorguera, cuyo encañonado bordaron manos primorosas con polvo de perlas. Las de Solange emergían, finas y cuidadas, de sendos puños orlados de encaje flamenco, cayendo hasta el suelo,

desde la altura de los hombros, las mangas ducales, de perfumado armiño. Una redecilla de malla de oro aprisionaba la opulenta y negra cabellera, quedando en parte disimulada por el perifollo, que, puntiagudo sobre la frente, se terminaba por detrás en forma de velo.

Hermosa en verdad estaba Solange así vestida. No obstante su juvenil edad, la rica y elegante indumentaria dábale aspecto y continente de reina.

— No tardará en llegar; — murmuraba contemplándose satisfecha en un espejo. — Es preciso que la primera impresión sea buena, porque de ella depende todo. Quiero que me crea una divinidad, á la luz de las antorchas de su escolta; porque yo supongo que señor tan principal y de tan elevada alcurnia no puede ir sin escolta...

Inconscientemente, golpeó el suelo con el pie, asegurando:

— Quiero que me encuentre digna de él.

Pierrila entreabrió la puerta del gabinete para preguntar:

— ¿Habéis llamado, señorita?

Y las negras cejas de la joven Solange se aproximaron, al oír la voz de la doméstica, quedando olímpicamente fruncidas.

Tal signo de contrariedad hubiera sido más que suficiente, en cualquiera otra ocasión, para hacer desaparecer en el acto á la oficiosa Pierrila. Pero en aquel momento pasó todo lo contrario. Uniendo ambas manos en ademán admirativo, la joven Peiragude dió un paso hacia adelante.

— ¡Dios sea loado, y cuán hermosa está mi señorita! — exclamó en extásis. — A buen seguro que la señora reina no se atrevería á compararse con ella en este momento.

— Tal vez se compare conmigo más tarde, — dijo la joven ruborizándose ligeramente por el embuste que se le ocurría — porque has de saber que este traje que me estoy probando, me lo ha dado mi madre para que me lo ponga el día que su majestad nos conceda una audiencia.

— ¿Que podrá rehusaros el rey, señorita? Nada. Vuestro zagalejo deslumbra aún más que el manto riquísimo de la Virgen de Agen.

— Bueno, pues para que no ciegues del todo, retírate á tu cuarto. Además, deseo estar sola.

— ¿Pero os vais á desnudar sola, señorita? — preguntó Pierrila asombrada.

— Completamente sola; — dijo Solange con impaciencia mal disimulada. — Razón tiene mi padre al decir que ya no hay respeto ni sumisión por parte de los criados. No sé cómo han de decirse las cosas para conseguir que nos obedezcáis.

Pierrila sintió en los párpados gran comezón, precursora de las lágrimas, y se retiró sin volver la espalda y sin permitirse observación alguna; pero una vez sola en su cuarto, hubo de pensar con tristeza:

— ¡Muy cambiada está la señorita! Cuando yo vigilaba en Bonaguil para que no pudieran sorprenderla hablando con el hermoso caballero, no me hablaba de ese modo... ¿Habrà gato encerrado en todo esto?

¡Quién sabe! Tal vez anda enamorada de algún otro... lo cual después de todo, no tendría nada de particular. Por si acaso, estaremos ojo avizor. Mamá Francisca dice que los aires de Paris son malos para las muchachas, y empiezo á creer que tiene razón en lo que asegura.

Precisamente en este momento un rumor inconfundible, el que produce al crujir una falda se hizo aguzar el oído, y arrimándose cuanto le fué posible á la puerta y reteniendo el aliento para oír mejor, esperó con la natural ansiedad.

Miss Huming acababa de entrar en el cuarto de Solange, sin que ésta la hubiese llamado, y decía á la joven:

— Se acerca la hora, señorita; si os parece, podemos bajar al parque.

— Vamos allá; — contestó la de Villanueva.

Pierrila, asustada, las oyó salir. Durante un momento permaneció inmóvil, paralizada por el estupor; pero repuesta enseguida, atravesó el cuarto vacío de su amita, y fuese corriendo hacia la portería para avisar á sus hermanos.

Cuando Solange llegó al parque, este se hallaba sumido en las tinieblas, pues la escasa luz estelar aparecía como velada por nubecillas tumultuosas que una fuerza invisible parecía empujar. Desde que diera los primeros pasos por la alameda principal, sintió que sus fuerzas flaqueaban, que la abandonaba un poco su sangre fría. También lo vió miss Huming y procuró tranquilizarla, por más de que tampoco ella misma las tenía todas consigo.

A medida que avanzaban, la obscuridad hacíase más densa, y las dos atemorizadas mujeres creían oír en torno suyo rumor de pasos, que hacían crujir la arena, y que ahogaba á intervalos el mullido césped. De derecha é izquierda llegaba hasta ellas — por lo menos así lo creían ambas — confuso susurro de voces extrañas, de cuchicheos, de suspiros contenidos.

¿De dónde podían provenir tales temerosos ruidos? Tal vez de trasgos que se consideraban con derecho á poblar aquel jardín, que la prolongada ausencia de sus dueños convirtiera en una especie de selva virgen. Solange inclinábase á admitir esta extraña hipótesis, recordando que en el parque de Bonaguil no había observado jamás tan alarmante fenómeno. En cambio la inglesa, menos inclinada á las supersticiones, procuraba apresurar la marcha de su compañera, pensando que sin duda el duque había llegado antes de la hora convenida.

— No habrá tenido paciencia para esperar fuera, — se decía — y anda rondando por aquí con sus compañeros.

La espía colocada por Catalina de Médicis, se equivocaba por completo. Los rumores que ella y Solange oyeran provenían, en parte, de los tres hermanos Peirágude, que seguían á honesta distancia á su ama, decididos á defenderla en caso necesario, y en parte también del tute de enamoradas que andaban á la busca de Sed de Amor.

Este último acababa de llegar. Miss Huming fué la primera que adivinó su presencia, aunque confundién-

dole con el hombre á quien esperaban; y persuadida de que era en realidad el duque de Saboya-Nemours, retrocedió hasta donde él estaba, luego de hacer sentar á Solange bajo una choza de bálago, protegida por todos lados por doble hilera de arbustos.

La equivocación sufrida por la inglesita motivó el extraño diálogo que reproducimos en uno de los capítulos anteriores. Si Sed de Amor se hubiera entonces sacrificado, accediendo al capricho de la Huming, es casi seguro que habría podido conocer la hora exacta de la cita de Rolando con Solange, y malograr el proyectado raptó. Desgraciadamente no fué así, y sus últimas palabras, dichas sin disfrazar la voz, hicieron comprender á la inglesa que se había equivocado. Despechada y temerosa á un mismo tiempo, habíase entonces alejado de él, disparándole á modo de flecha de Partos una indicación que el caballero creyó buena y que era sin embargo completamente falsa, hallándose además destinada, por efecto de la pícara casualidad, á ocasionar una gran pena al bizarro desfacedor de entuertos como el curioso lector tendrá ocasión de ver si continúa prestando atención á nuestro verídico relato.

Media hora después de terminado bruscamente el diálogo á que acabamos de referirnos, hallábase Bernardo á los pies de Fiamma, sordo, ciego, completamente embrujado por el berilo, la piedra cuya propiedad principal es la de exacerbar los deseos carnales, cuando de la parte allá del muro de cerca, por el lado del campo de feria de San Germán, sonó discretamente un cuerno de caza.

Oyólo miss Huming y apoderándose de la mano temblorosa de Solange, le dijo en voz muy baja:

— Levantaos, señorita; he aquí que llega el ilustre señor de Armañac y de Saboya-Nemours, quien, apoyado por el gran marqués, solicita vuestra alianza y desea hacer de vos la más amada de las duquesas.

La altiva joven se puso en marcha sin pronunciar una sola palabra. Detrás de ella y de la inglesa tres sombras que acababan de destacarse de los arbustos, marchaban á alguna distancia.

Los dos Peiragude jóvenes y su hermaná vigilaban atentos.

Cuanto más se aproximaba al muro de cerca más acortaba Solange el paso, como si temiese llegar demasiado pronto. Era aquella la hora decisiva de su encuentro con un pretendiente de quien ella lo ignoraba todo, y la orgullosa niña hacia examen de conciencia, recordando, á pesar suyo, las exhortaciones de la marquesa María, tan reiteradas, tan tristes... Las consecuencias de su escapatoria aparecíansele como poco envidiables.

Sin embargo, el inconsiderado amor que la atormentaba triunfó de sus tardíos escrúpulos.

Al otro lado del muro de cerca, algunas antorchas de resina alumbraban la concavidad de la fronda, y favorecida por la pantalla constituida por las delicadas hojas, miss Huming encontró sin dificultad la puerta, en cuya cerradura introdujo la llave que habíase procurado.

Salieron las dos mujeres.

La inglesa, por medida de precaución ó de prudencia quiso cerrar de nuevo la puerta tras ella, pero no pudo conseguirlo. Una piedra sin duda se lo impedía; y para hacer la situación más apurada, un soplo de viento tanto más inesperado cuanto que la noche no podía ser más serena, acababa de apagar las antorchas.

La inglesa hubo pues de agacharse y buscar á tientas el obstáculo que sujetaba la puerta, y la encontró como calada con una cuña por un enorme zapato que, á no dudar, calzaba un pie. El pie de Gualberto Peiragude.

Previendo la inglesa un peligro posible, quiso avisar á Solange, y á este efecto lanzó un grito estridente; el mismo grito que oyeron la marquesa desde su habitación, y Sed de Amor desde el fondo del Parque.

Grito de todo punto inútil, porque Solange no tuvo ni siquiera el tiempo indispensable para prevenirse contra una probable agresión. Arrebatada del suelo por una mano brutal, fué levantada y puesta casi como un fardo sobre una silla de montar muy ligera con tablilla para los pies.

Los dos hermanos Peiragude, sin armas, quisieron oponerse al rapto y se lanzaron valerosamente sobre los agresores, entablándose entonces furiosa aunque corta pelea. Arrojadados al suelo los Peiragude, y pisoteados por los caballos, Rolando ordenó á los suyos:

— ¡Al galope!

Y cuando Bernardo, corriendo como un loco, llegó por fin al sitio del combate, todo había terminado.

Rolando y sus cuatro bohemios desaparecían ya en los terrenos fangosos del Campo-Carrizal en el que

ciento sesenta y ocho años más tarde Enriqueta de Lespare, llamada la *Señorita Flamberga* debía dar una severa y mortal lección á cinco maestros de armas que pretendían matarla en duelo.

Sed de Amor no podía pensar en perseguir á los jinetes, hallándose él desmontado.

Palpitantes las sienes, seca la garganta y aullando de furor, el caballero volvió corriendo hacia el Hotel, en cuyas cuadras había alojado Colomán, en la tarde de aquel mismo día, su hermosa yegua blanca, la de la estrella negra en la frente.

Pasó corriendo junto á la marquesa, sin acertar á verla; internóse por la bóveda y abrió la puerta de la cuadra, deteniéndose entonces consternado. ¿De qué podía servirle su montura, aquella yegua que bebía el aire, si ignoraba hacia dónde podría conducirla para alcanzar á los raptos de Solange?

Perplejo, atónito, incapaz de darse cuenta de lo que por él pasaba, Sed de Amor recorrió lentamente el primer compartimiento de la cuadra, en el que un magnífico caballo padre armaba gran ruido, sacudiendo sus crines, golpeando impaciente el suelo con el herrado casco, y limando la cadena en el anillo fijo en el pesebre.

Djaulia relinchó alegremente al reconocer á su amo; pero Bernardo parecía distraído y apenas si le concedió dos ó tres palmaditas en la grupa.

— ¿Qué camino han tomado? — Se preguntaba mordiscando el bigote. — ¿Van hacia Vaugirard ó bien han vuelto á París por una de las puertas de la Univer-

sidad?... También pueden haber tomado la dirección del molino de los Gobelinos, la colina Coyneau y Bicetre...

En esto estaba el caballero de sus reflexiones, cuando llegó á interrumpirlas ruido de pasos que se dejó oír en el patio; luego se abrieron de nuevo las puertas de la cuadra, y se cerraron enseguida después de dar paso á dos personas.

— ¿Quiénes pueden ser — se preguntaba Bernardo — y qué es lo que vienen á hacer en este sitio?

No se hizo esperar la respuesta. Alguien golpeó un pedernal con el eslabón, surgieron chispas, y encendida una linterna, apenas si Bernardo tuvo el tiempo indispensable para deslizarse bajo el vientre de su yegua y ocultarse entre la pajaza para no verse descubierto por el gran marqués y por Glorieta, que acababan de mostrarse en plena luz.

Otro intruso, que permanecía invisible aunque no quieto, husmeaba la paja esparcida por el suelo resoplando con ruido, con no poca inquietud de Sed de Amor, quien por lo que pudiera ocurrir se armó de su daga.

Cosa extraña, ó que á Bernardo se lo parecía por lo menos: la presencia de la mudita le emocionaba en tales términos que apenas si se acordaba de Solange.

Además, el noble anciano producía en él dos sentimientos diametralmente opuestos, hasta el punto de no saber él mismo qué era lo que dominaba en su alma; si la admiración por el heroico cautivo á quien vió sostener una lucha desigual en el patio de provee-

dores del castillo de Vincennes, ó el desdén que le merecía el hombre que pudo creer que le era permitido pagar con un poco de oro su desinteresada abnegación.

Un cálido aliento próximo á su cuello prodújole en aquel instante un singular efecto, obligándole á volverse con la mano levantada. ¿ Á quién iba á herir? Á nadie. Su brazo armado quedó en el aire, y, no obstante la gravedad de las circunstancias, Bernardo rió en silencio al reconocer á Diógenes que le lavaba silenciosamente con lengua, tan ágil como amistosa.

El invisible husmeador no era otro en efecto que e cuadrúpedo lugarteniente del barón Cortomontel, el excapitán de una partida de bandoleros-maniquies.

— ¡Silencio! — murmuró el joven acariciándole detrás de la oreja.

Recomendación inútil, por cuanto el gran Diógenes en todo pensaba menos en denunciar su presencia. Acordándose de su antiguo oficio, el singular animal complaciase en las aventuras complicadas.

Bernardo se secó la cara. La voz del gran marqués dejábase oír en aquel momento.

— ¿Duermes, hija mía? — preguntaba aquella voz.

Bernardo se incorporó al oírlo, y lo que entonces pudo ver hubo de causarle la más viva sorpresa. De pie los dos, y frente á frente, el anciano y la niña permanecían inmóviles. Y Sed de Amor observó que si la mirada del primero parecía cargar de fluido luminoso la frente de la niña, en cambio la de esta última era vaga, sin brillo ni movilidad, como exteriorizada.

— ¡Es posible! — murmuraba el joven. — Este hombre está loco. No se pasan años y más años á la sombra impunemente. Si conserva su brazo de hierro es sin duda en detrimento de otras facultades... Ese cerebro no está bueno.

Glorieta continuaba insensible.

Concentró en esto el marqués la intensidad de su esfuerzo mental, y su brazo derecho realizó sucesivos pases magnéticos. Entonces el seno de la jovencita se levantó, como si se resistiera, y de la garganta escapóse como un quejido ronco. Pero aquello duró poco: segundos después había recobrado su inmovilidad de estatua.

De nuevo el hombre formuló su pregunta:

— ¿Duermes, hija mía?

Sed de Amor estaba indignado. Solo un loco podía permitirse el placer criminal de interrogar, atormentándola, á una muda. Iba ya á levantarse y á intervenir, cuando una mano cayó sobre uno de sus hombros, y la voz de Fiamma deslizó en su oído, en voz muy baja, estas palabras:

— Dejad hacer, caballero; esa niña no padece.

— ¡Fiamma! ¿Cómo es que estáis aquí?

— Entré detrás de ellos.

— ¿Y estáis segura de que la hija del carcelero de Vincennes no tiene nada que temer del señor de Villanueva?

— Segurísima. ¡Cuántas veces ha practicado conmigo Salem-Kebir iguales ó parecidos experimentos!

— ¿Pero para qué? — preguntó intrigado Bernardo.

— Para conocer secretos ocultos; para saber, por ejemplo, lo que ocurre en sitios lejanos en un momento dado. Es verdaderamente maravilloso. La vista sonambúlica tiene un alcance que la imaginación no puede ni aun prever. Como que suprime las distancias y tras-pasa los muros...

— Eso es un arte de brujería.

— De ningún modo; — afirmó la joven — son conquistas de la ciencia.

— Puede, dijo Bernardo poco convencido — y no he de ser yo quien os contradiga, por cuanto de tales cosas entiendo muy poco; pero en fin, arte de brujería ó ciencia superior, yo no creo que á favor del extraño sueño provocado por esos procedimientos pueda hacerse hablar á una persona privada del don de la palabra.

Fiamma se encogió de hombros.

— No sé qué decirs con respecto á eso, — declaró enseguida; — tengo sin embargo la seguridad de que, no obstante su innegable sabiduría, sidi Salem-Kebir no se habria atrevido nunca á intentar lo que en realidad parece un imposible.

El marqués preguntaba por tercera vez en aquel momento:

— ¿Duermes, hija mía?

Tanto Bernardo como Fiamma escuchaban ávidamente. Durante dos ó tres segundos el silencio fué absoluto.

Una conmoción nerviosa, como producida por una descarga eléctrica, les sacudió de pronto; luego se miraron con estupor, porque una voz blanca, la voz de la

mudita, acababa de resonar, contestando á la del marqués:

— Si, duermo; — dijo la niña.

Y Fiamma se santiguó murmurando:

— Sidi Salem no es tan sabio como éste.

El gran marqués lanzó hondo suspiro y siguió interrogando:

— ¿Ves?

— ¿El qué ó á quién? — dijo la muda.

— Á mi hija, á Solange de Villanueva.

— No sé; dadme vuestra mano, señor.

El anciano puso su mano en la de la niña.

— Trata de ver, hija mía; — díjole luego. — Sálvame una vez más. Esta vez no es mi vida, sino mi honor el que peligrá... ¿Ves á Solange?

— Distingo á la joven morena que he visto ya dos veces; la primera en un parque, junto á un cenador, acompañada...

La voz de Glorieta se alteró un poco cuando dijo:

— ... Acompañada de un joven caballero que la escoltaba, la segunda vez que la ví, en una carretera...

— ¡Diablo! — pensó emocionado Sed de Amor. — Cualquiera pensaría que es á mí á quien se refiere mi hermanita... Pero no, no es posible...

Glorieta terminó la comenzada frase.

— ... Y que me nombró su hermana, — dijo con creciente emoción — luego de arrancarme del poder de los bandidos en las inmediaciones del cercado de los Cartujos.

— ¡ Muerte de mis huesos!

El caballero no daba crédito á sus oídos. ¿Cómo podía Glorieta hablar de él en tales momentos?

— La joven morena á quien ves, — dijo el marqués — es Solange, mi hija. Deja por ahora de pensar en el leal caballero que la acompañaba entonces y que acudió en tu ayuda, porque su recuerdo, pobre niña, perturba tus facultades... ¡No pienses más en él, te lo mando!

Dijérase que la orden aliviaba á la vidente de un gran peso; luego de contemplar el vacío con su mirada vaga, siguió diciendo, en frases ligeramente entrecortadas:

— La joven sale por la puertecilla de un gran jardín... Va muy bien vestida... Una mujer hipócrita la sigue... Cinco jinetes esperan fuera... Son gitanos disfrazados y enmascarados... Su jefe se apodera de la joven y la arroja sobre una enjalma...

El gran marqués preguntó colérico:

— ¿Cuál es el nombre de ese miserable?

— No es fácil saberlo, porque tiene varios... Es Sed de Sangre, el hombre de la cara robada...

— Sed de Sangre! — repitió mentalmente Bernardo; — ¡El hombre de la cara robada!

Fiamma no le oyó, pero hubo de adivinar lo que se agitaba en su cerebro porque murmuró al oído del joven:

— La ciencia se equivoca; el raptor de Solange es Rolando de Saboya-Nemours y no Sed de Sangre; este último ha sido detenido esta misma noche en el puerto del forraje, y está en los calabozos del gran Chatelet.

No: la ciencia no se equivocaba. Glorieta dió la prueba de ello, añadiendo á lo ya dicho:

— ... Y ese Sed de Sangre tiene dos cuerpos, dos encarnaciones... Hay uno en los calabozos subterráneos de la cárcel del Prebostazgo de Paris.. El otro se bate á la puerta del jardín... Porque hay batalla.. Los gitanos huyen llevándose á la joven desmayada... Ahora oigo un grito: ¡Arma! ¡Arma!... ¡Es demasiado tarde, caballero!

— ¡Espera! — ordenó el marqués. — Á quien hay que seguir es á Solange. Síguela; ¡lo quiero!

— Ya la sigo... Los caballos van al galope... tuercen hacia la derecha... cortan el camino por la parte baja del Prado de los Clérigos y siguen la orilla del río aguas abajo... Lo atraviesan en la barcaza pública y desembarcan en las llanuras de Passy... Llegan á un bosque, en el que se aventuran, ya más despacio... Ya no temen que nadie les persiga... Se creen seguros en la espesura de... de...

— ¿El bosque de Rouvray?

— Sí.

— Pero ¿dónde van? ¿dónde llevan á Solange? — gritó el marqués angustiado. — ¿No puedes decirme eso, hija mía?

La pobre criatura, á quien un diabólico sortilegio concedía momentáneamente la palabra, realizó un visible y supremo esfuerzo; hincháronse las venas de su frente; su hermosa cabellera de oro mate se agitó como si la sacudiera un viento subcraneano. Luego, como si al fin hubiese encontrado lo que buscaba, contestó:

— Van á la otra orilla, á...

Por más que Bernardo concentró todas sus facultades en su órgano auditivo, no pudo, con gran desesperación suya, entender el resto de la frase, pronunciada en voz muy baja por Glorieta.

— Gracias, gracias, hija mía! — decía transfigurado el gran marqués.

Este apagó la linterna, luego de despertar á la niña á la que se llevó hacia fuera diciéndole con cariño :

— Ven ahora á abrazar á la que ha de ser tu madre. Tras ellos habia salido *Diógenes*.

Una vez solo con Fiamma, Bernardo gimió con desaliento :

— ¡Hay para desesperarse! Nada hemos adelantado, y sigo tan ignorante como hace un momento del sitio en que se encuentra Solange. ¡Imposible, Dios mío, imposible acudir en su socorro!

— Os equivocáis, caballero; — contestó la protegida de Salem-Kebir. — Mi oído es más fino que el vuestro. Yo sé dónde está esa joven, y si accedéis á llevarme en la grupa, yo os indicaré el camino.

Veinte minutos después la yegua árabe hería con sus argentadas herraduras las blandas tierras de labor de Passy.

Djaulia habíase acostumbrado, desde su llegada á París, á trasportar sobre sus lomos enormes cargas. De ahí que no experimentara fatiga alguna con el doble peso de Bernardo de Arma y Fiamma la berberisca.

XX

BATIDA NOCTURNA

Mientras que María de Villanueva-Marsan quedaba sola y frente á frente de Glorieta, la gentil gitanilla á la que, por deseo expreso del marqués, debía conceder toda su afección, con carácter de maternal cariño, éste último, siempre acompañado de Diógenes, atravesaba el Hotel, deteniéndose al fin en el patio de honor, delante del pabellón habitado por los Peiragude.

— ¡Colombán! — dijo llamando en voz alta. — ¡Cortansio!

Ninguna luz brillaba en el pabellón; sin embargo, este se iluminó interiormente, apenas resonara la voz del marqués; luego, abierta la puerta, presentáronse en el umbral los dos más antiguos servidores de la aristocrática familia. Inútil nos parece añadir que éstos eran Colomán Peiragude y el escudero Cortansio.

Avanzaron ambos en silencio, y al inclinarse con